

# Mitología de Medellín:

## *la medellinidad*

Capítulo 1 y conclusiones, trabajo de año sabático, 2000

Mercedes Lucía Vélez White

(1943 - 2017)

Arquitecta de la Universidad Nacional de Colombia. Especialista en Historia y Teoría de la Arquitectura en Architectural Association, Londres, Inglaterra. Magíster en Historia y Teoría de la Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia. Fue profesora asociada en la misma institución. Autora de varios libros y artículos.



## Resumen

**E**n este texto la autora hace un paseo por algunos aspectos relativos a la ciudad de Medellín, pasando por su territorio, por algunos momentos de su historia, por la concepción, desarrollo, toponimia y onomimia del centro urbano, sus calles y su arquitectura; luego indaga críticamente por los modelos y referentes culturales que se reflejan en el espacio construido, y también analiza modos, sentidos, costumbres y conceptos de vida aludiendo a la valoración del patrimonio construido.

## Palabras clave

Arquitectura, identidad, Medellín, mito, patrimonio cultural.

## Capítulo 1. Mitología de Medellín: la medellinidad<sup>1</sup>

La identidad de la ciudad de Medellín, el juego de creencias que la conforman, esa suma de signos, de elementos, de formas, en su mezcla, que constituyen la

---

<sup>1</sup>El concepto de “medellinidad”, elaborado en la tesis ya citada, es un neologismo conceptual. Está en este trabajo representando el conjunto de características culturales de Medellín. Medellín es una cosa, otra cosa es la idea de Medellín que se reproduce en los relatos sobre esta ciudad. “La China es una cosa; la idea que podía hacerse de ella hasta no hace demasiado tiempo un pequeño burgués francés, es otra: para esa mezcla especial de campanillas, ricshas y fumaderos de opio, no existe otra palabra posible que chinidad” (Barthes, 1980, p. 213).

idea que se tiene hoy de Medellín, es lo que aquí vamos a llamar la medellinidad. Este concepto reemplazaría el de la antioqueñidad, por cuanto el centralismo del departamento de Antioquia, que se refleja en lo que se dice, ha hecho que un discurso sobre Medellín se haga pasar como el discurso sobre Antioquia. El relato de la medellinidad y su repetición en las publicaciones deforma el discurso sobre la ciudad y sobre la arquitectura; es por eso que retomamos la mirada desde el mito, que no destruye ni oculta, sino que “deforma”<sup>2</sup> la comprensión, en este caso, de la ciudad y la arquitectura. A continuación, se presentarán algunos discursos o relatos que contribuyen a conformar, para nosotros, el mito de la medellinidad.

### El mapa: privilegio del centro

La imagen del territorio, en sentido físico, es el mapa. Esta forma de representación requiere, para su ejecución, de operaciones lingüísticas y visuales.

Ha nacido la “cartografía física” que responde al levantamiento de mapas por parte de los funcionarios gubernamentales, o de técnicos expertos en el dibujo, respecto a los límites oficiales o reconocidos legalmente por una comunidad, llámese país, departamento, ciudad o municipio; o incluso, el levantamiento de toda otra serie de mapas, como los de la luna, del fondo del mar o los mapas de carreteras y cosas similares. Debe nacer ahora la “cartografía simbólica”, emulando la física, que ha de ocuparse del levantamiento de croquis.

Desde el horizonte de sentidos dado a la elaboración que vengo desarrollando, opongo el mapa al croquis. Gráficamente, un mapa puede dibujarse por una línea continua que señala el simulacro visual del objeto que se pretende representar: el mapa de Colombia,

<sup>2</sup> “El mito no oculta nada y no pregonada nada: deforma; el mito no es ni una mentira ni una confesión: es una inflexión [...] (el mito) escapa mediante un compromiso; el mito es ese compromiso: encargado de ‘hacer pasar’ un concepto intencional, el mito encuentra en el lenguaje solo traición, pues el lenguaje no puede hacer otra cosa que borrar el concepto, si lo oculta; o desenmascararlo si lo enuncia. La elaboración de un sistema semiológico permite al mito escapar al dilema: conminado a develar o a liquidar el concepto; lo que hace es naturalizarlo” (Barthes, 1980, p. 222).

por ejemplo, rodeado de los países limítrofes, Venezuela, Panamá, Ecuador, Perú y Brasil. El croquis, al contrario, lo concibo “punteado”, ya que su destino es representar tan solo límites evocativos o metafóricos, aquellos de un territorio que no admite puntos precisos de corte por su expresión de sentimientos colectivos o de profunda subjetividad social. El territorio entonces no es mapa sino croquis (Silva, 1994, pp. 59-60).

Históricamente, desde los comienzos de la existencia de la primera Villa de Aburrá, ha existido en Medellín la preocupación por un orden ideal urbano. Algunas de las publicaciones sobre Medellín incluyen un mapa o unos mapas, otras no.

Los más frecuentes son los mapas “antiguos”, especialmente el mapa de 1777 dibujado por un señor de apellido Cerezo. Este mapa tiene la particularidad del primitivismo en el dibujo, que motiva preguntas sobre la profesión de Cerezo, pues, si se compara la forma de representación utilizada en este mapa con los conocimientos que sobre el dibujo se tenían en esa fecha, se observa una precariedad de medios llamativa, respecto a otros mapas existentes de ciudades del país. Es de anotar la ausencia, en casi todas las publicaciones, del plano de Medellín ejecutado por los urbanistas Wiener y Sert, el cual solo aparece en el trabajo de *Cartografía de Medellín* (Jaramillo, 1993), y el detalle de un plano que muestra el diseño de un barrio en *Historia de la arquitectura en Colombia* (Arango, 1989).

Desde 1970 hasta 1931 el mapa oficial comprendía el “centro histórico” a un solo lado del río Medellín. A partir de 1932 el mapa oficial incluye la otra banda del río que, por entonces, se empieza a desarrollar. En 1938 el mapa comprende la longitud del valle, después el área metropolitana, incluye partes de tres municipios y se empieza a visualizar la expansión del área.

Sin embargo, en la mayoría de las publicaciones realizadas entre 1943 y 1993 encontramos una coincidencia en cuanto al mapa mental que recorren, a la imagen ar-

quitectónica y de ciudad que reproducen con palabras o con imágenes fotográficas o, en el menor de los casos, gráficas. Si bien en algunas, por medio de planos, se da cuenta de la metropolización, la mayoría únicamente se refieren a la arquitectura del centro.

El límite del concepto del centro histórico como objeto de primordial interés trae a cuento otra característica de la medellinidad: en un departamento en donde la mayoría de la gente vivía en el campo hace tres generaciones, el centro de la ciudad de Medellín representa a toda la ciudad y no solo a toda la ciudad capital del departamento de Antioquia, sino a sus demás municipios y hasta las áreas rurales. En comparación con las demás ciudades o pueblos de Antioquia, Medellín, marcada por la afluencia de la mayor parte de la población, determina una fuerte gravedad del centro con respecto al resto del departamento.

En Medellín, el centro ha cambiado de lugar. Cuando la fundación se llevó a cabo estaba localizado, primero, en San Lorenzo de Aná, y después, el centro de ciudad que de verdad se consolidó estaba situado en el Parque de Berrío. Este tenía todas las características correspondientes a la idea de centro en una ciudad de cultura occidental; era un centro lleno.<sup>3</sup>

Durante los lentos años de la colonia el centro se localizaba en el Parque de Berrío, pero, a principios del siglo XX se empieza a desarrollar otro, cerca al río, en el lugar que desde entonces se plantea como barrio Guayaquil. Este tiene más las características de los centros de las

<sup>3</sup>“Las ciudades cuadrangulares, enredadas (Los Ángeles, por ejemplo), producen, se dice, un malestar profundo; hieren en nosotros un sentimiento cenestésico de la ciudad, que exige que todo espacio urbano tenga un centro a donde ir, de donde volver, un lugar completo con el que soñar y en relación al cual dirigirse o retirarse, en una palabra inventarse. Por múltiples razones (históricas, económicas, religiosas, militares), Occidente ha comprendido demasiado bien esta ley: todas sus ciudades son concéntricas; pero también, en conformidad con el movimiento mismo de la metafísica occidental, para la que todo centro es el lugar de la verdad, el centro de nuestras ciudades está siempre LLENO: lugar marcado, es en el que se conjuntan y condensan los valores de la civilización: la espiritualidad (con las iglesias), el poder (con los ministerios y oficinas), el dinero (con los bancos), el comercio (con los grandes almacenes), la palabra (con los ágora: cafés y paseos): ir al centro es recobrar la ‘verdad’ social, es participar de la soberbia plenitud de la realidad” (Barthes, 1991, p. 48).

ciudades orientales, es “vacío”. En cuanto a edificios institucionales no hay allí edificios de gobierno, ni edificios religiosos.<sup>4</sup> El barrio Guayaquil, gran centro comercial de la ciudad hasta finales de los setenta, contiene, alrededor de una gran plaza, el mercado minorista, a donde confluyen la mayoría de ciudadanos de esta urbe para comprar el mercado familiar semanal, al lado de la cual se encuentran los dos más grandes edificios de alojamiento de la época construidos sobre diseño del arquitecto Carlos Carré, lo mismo que la plaza de mercado mencionada. Al frente de estos edificios está la estación del ferrocarril diseñada por Enrique Olarte, a donde toda la gente llega y de donde toda la gente se va.

El sentimiento del centro como lugar de pertenencia es muy fuerte para la mayoría, y adquiere mayor importancia cada día. Quiero afirmar, con un dicho tradicional, la importancia que para la gente de Medellín tiene el centro: cuando a cualquier medellinense le preguntan en dónde nació, responde que “en el Parque de Berrío”. Esta respuesta la dan los medellinenses de más de cincuenta años; los de ahora, ciudadanos del Medellín de las grandes avenidas, del transporte rápido y de las unidades cerradas de vivienda, tal vez responderían otra cosa. En la encuesta “El Medellín que yo quiero” (realizada por el Departamento de Sociología de la Universidad de Antioquia, centro de estudios de opinión, en comisión asesora para la cultura nombrada por el Concejo de Medellín), se afirma que el 46 % de las personas encuestadas todavía consideran el centro un “lugar de encuentro tradicional”. Se resalta que el estrato alto es el que menos valora este aspecto del centro.

Generacionalmente se puede observar la diferencia del sentimiento de pertenencia con respecto al centro. Se

<sup>4</sup>“Si el barrio está bien limitado, conjuntado, contenido, terminado bajo su nombre, es que tiene un centro, pero ese centro está espiritualmente vacío: suele ser una estación”. Y sigue diciendo Barthes, con respecto a Tokio: “La estación, vasto organismo donde se albergan a la vez los grandes trenes, los trenes urbanos, el metro, un gran almacén y todo un comercio subterráneo, la estación da al barrio esta referencia que, en opinión de algunos urbanistas, permite a la ciudad significar, ser leída” (Barthes, 1991, p. 57).

explica este fenómeno por el exagerado crecimiento de una ciudad que, en la década de los cincuenta, pasó precipitadamente de trescientos mil habitantes (y con una predicción estimada de un crecimiento poblacional hasta de trescientos cincuenta mil) a ser una urbe de un millón de habitantes en 1960, y de dos millones en la década de los noventa, por efecto de la migración campesina causada por la violencia política en el campo. Esta migración se ubica en las comunas del norte y la urbanización se lleva a cabo ignorando los lineamientos de la planeación, ensanchando constantemente la malla urbana por los sistemas de invasión y creación de barrios piratas. La precaria calidad de los servicios, la falta de empleo y el déficit de vivienda dan como resultado una ciudad poblada de gente sin arraigo, cuya única posibilidad para sobrevivir aparece en el centro, el cual se torna, por efectos de la presencia física de la llamada “economía informal”, en un lugar en degradación creciente en cuanto a cualidades ambientales y de habitabilidad.

Este crecimiento vertiginoso ha traído como consecuencia la proliferación de centros alternativos en el valle de Aburrá, cuyo efecto hace que las generaciones que tienen ahora treinta y veinte años no hayan vivido la ciudad en su zona céntrica, no reconocen los lugares del centro como propios y raramente se refieren a ellos. Las ideas que se tienen con respecto a un centro que se considera importante, pero no se conoce, dan como resultado una imagen mítica.

Es muy contradictorio que la importancia de la idea del centro no se materialice en su defensa. Es la arquitectura del centro la que más se ha perdido y la que, a través de la ampliación de las vías, desapareció al paso de la “pica del progreso”. También, es raro que el Medellín oficial ignore el daño que se hace a la ciudad entera cuando no se respetan los pocos espacios libres y fuertemente referenciados que existían en Medellín, como la Plazuela Nutibara y el Parque Berrío, vinculantes del espacio del centro y presentes en el imaginario de los habitantes de este departamento. No solamente podemos explicar esta paradoja por los

términos del desarrollo de la renta urbana. Creemos que también contribuyen a esta destrucción sistemática el desconocimiento y la falta de valoración por parte de los ciudadanos, de los diferentes momentos de la producción formal, material de la ciudad, que ameritarían conservación, no solo en aras de la armonía formal sino como documentos históricos de la ciudad que permitirían una continuidad en la identidad o relación ciudadanos-ciudad.

En términos globales, las impresiones sobre el centro están condicionadas por las estadísticas locales, que ubican el centro como el lugar en donde es más aguda la situación de inseguridad.<sup>5</sup>

### Los modelos deseados

La medellinidad ha variado en el tiempo con respecto a sus deseos. Los valores de los mitos de turno también han cambiado. De la aldea de costumbres campesinas, descritas por ejemplo en la obra de Carrasquilla, se pasó aceleradamente, a principios de este siglo, a una ciudad cuyo deseo, como el de otras ciudades latinoamericanas, era el de ser europea; por lo tanto, en su configuración de esta época se parecen a estas.

La aparición de la arquitectura republicana contribuye a esta imagen. Fue una arquitectura que, salvo contadas excepciones, no transformó ni la configuración espacial ni el pensamiento con el cual se ordena el espacio, pero sí cambió la pared de la calle por la apariencia de fachada republicana en la mayor parte del área residencial. Esta arquitectura republicana se ubica en su mayoría en el centro histórico. Sin embargo, esta

<sup>5</sup>“Significativamente, los aspectos negativos tienen una mayor contundencia en la opinión pública que los que se podrían considerar como positivos [...] En relación con el centro de la ciudad, las opiniones de las personas de diferentes estratos y edades parecen coincidir al señalar que este espacio sigue siendo un ‘lugar de encuentro, de convivencia social deseado’ pese a que destacan como negativa una serie de manifestaciones urbanas, especialmente la inseguridad, el ruido, la congestión de las vías públicas, la contaminación, y todo aquello que ha terminado por crear un ‘feo ambiente’. Para la mayoría de la gente, las categorías estéticas de la arquitectura no existen, puesto que nunca se mencionan” (“El Medellín que yo quiero”, s. d.).

transformación de fachadas fue lo suficientemente fuerte como para modificar la imagen colectiva de la ciudad en una imagen que parece “europea” del centro, o más bien “cosmopolita”.

Creemos que es el ocultamiento de otras arquitecturas profesionales lo que hace que toda esa arquitectura alegórica, cuyas fachadas transmiten una imagen que parece europea, sea la arquitectura que representa la ciudad. Esta situación de deformación es la que permite que se convierta en el referente mítico de la arquitectura de la ciudad.

A partir de los años setenta aparece otro deseo de ciudad, al cual denominaremos, con algunos arquitectos, la “maiamización” de los conceptos urbanos. La definición de esta imagen urbana es la ciudad en función del transporte, esa que olvida al peatón. El paradigma de diseño urbano inicial de Laureles, sin asimilación en otros lugares de esta ciudad, se olvida. Empiezan a producirse unos espacios que no se consideran lugares de permanencia, compuestos por *round points* o glorietas y avenidas, iguales los unos a los otros, y se empieza a configurar esta ciudad de los *guettos*, la de las unidades cerradas, de los centros comerciales, la cual atomiza y destruye la posibilidad urbana de intercambio vital, cultural. Este modelo de ciudad disocia a los ciudadanos y refuerza, en forma creciente, la marginalidad de unos por la segregación del espacio arquitectónico y urbano. La segregación espacial es una consecuencia de otros problemas, no su causa.

### La velocidad

En Medellín la gente se mueve más rápido que en otras partes. La gente es impaciente, no descansa casi, se despierta temprano. Los medellinenses necesitan tener garantizada la velocidad. Esta característica de comportamiento se refleja directamente en la forma de la ciudad; esta es una ciudad para moverse, para moverse rápido, no ofrece espacios de permanencia. En la actualidad, los pocos espacios que la ciudad había tenido para estar han sido destruidos sistemática y

metódicamente, y han sido reocupados como espacios para las nuevas redes de transporte.

Las consecuencias de la búsqueda de la eficiencia y de la velocidad del transporte también se reflejan, o se expresan, en la rapidez con la cual se transforma la arquitectura. En Medellín ha habido un cambio rápido y constante en la materialidad arquitectónica. En cuanto a esta, a la arquitectura, también cuenta la velocidad con la que se modifica la expresión de la ciudad, en su destrucción y en la diferencia de la arquitectura que se produce como reemplazo de la que se destruye; con una visión muy superficial del pensamiento que produce la arquitectura del movimiento moderno se construye una interpretación reductiva, que aquí se llama arquitectura moderna; se continúa con los métodos artesanales, pero se producen formas fáciles, se construyen edificios colosales a mano. En aras de una pretendida modernidad se simplifican el espacio y la forma arquitectónica dando como resultado una ciudad que, según algún arquitecto, no tiene malla vial, “es una malla vial”.<sup>6</sup>

Esta particularidad se transmite desde el origen de la modernidad hasta nuestros días y ha causado muchos problemas; los asuntos arquitectónicos y de la forma urbana se resuelven sin injerencia de los arquitectos, y sí desde el poder político y desde la quimera de la planeación.

Al pasar por la ciudad las diferentes redes de transporte nunca han respetado ni los espacios urbanos de memoria urbana acumulada, ni la arquitectura de ninguna época precedente, la cual sucumbe vertiginosamente dando paso a la ampliación y al “mejoramiento” de las vías.

La desaparición del barrio Guayaquil y de su Plaza de Cisneros, reemplazada por una vía de doce carriles, es consecuencia pavorosa de este hecho de horror urbano. La desaparición del Parque de Berrío al paso del metro, la desaparición de la Plazuela Nutibara y de la plaza al frente del Cementerio de San Pedro, por la misma

<sup>6</sup>Frase del arquitecto Carlos Julio Calle, mencionada en repetidas alocuciones y escritos sobre la ciudad.

causa, refuerzan esta idea de que lo más importante es moverse rápido, y no importa a costa de qué.

### **El hombre hecho a sí mismo**

Otra característica de los medellinenses es la exaltación del hombre hecho por sí mismo; la creencia de que esto es un mérito los estimula a pensar que no necesitan para nada a nadie, por lo tanto tampoco necesitan a quienes, como los arquitectos, les pueden decir cómo hacer los edificios y las casas. Y necesitarían menos a arquitectos historiadores que desde las ideas de la arquitectura se aproximarán a la historia de la arquitectura misma.

En la práctica, el crédito también se da al “historiador hecho a sí mismo”. Es un mérito ser todero y tener una aproximación lo más fácil posible a una materia. Mientras más “original” sea una idea con respecto a la ciudad, mientras más esté al alcance de la precaria comprensión popular, mientras más sencilla sea la comprensión de la arquitectura y la ciudad, en suma, mientras más improvisado sea el discurso, “más gracia”. En una cultura de la simplicidad, a veces de la precariedad, lo que hay que celebrar no son las referencias culturales sino el “lo hice yo solito”.

### **La limpieza**

La afición de los antioqueños a la limpieza es comprobable en todas las clases sociales y en todos los entornos urbanos y rurales. Esta es una cualidad real que se puede verificar a través del tiempo, en las crónicas de los viajeros de los siglos XVIII y XIX. Es también una cualidad original si la verificamos en algunas formas de comportamiento de los indígenas emberá katío y en los cuna; no solamente en sus tradiciones sino en sus costumbres actuales. En algunos casos no son limpios los espacios que habitan, tal vez por las dificultades para mantenerlos así ya que se comparten con los animales, sin ninguna infraestructura. Nos referimos aquí a la extrema limpieza personal, que se convierte en cualidad cultural. Los cuna, por ejemplo, se bañan hasta tres veces al día.

Esta cualidad del gusto y la práctica de la extrema limpieza se torna mítica cuando, por una parte, se pierde en algunas circunstancias de exagerada pobreza, pero en el imaginario social se sigue reivindicando y transmitiendo como cualidad; es en este sentido en el que se deforma la realidad.

Esta cualidad de la limpieza también se torna en mítica, a veces, cuando se generaliza, se exagera y hace desaparecer pedazos de ciudad muy importantes en la vida urbana. Esta característica está siempre presente en la mente de quienes hacen la ciudad veloz, contemporánea, eficiente, limpia. El deterioro de lugares como Lovaina o el barrio San Antonio, en vez de convertirse en una excusa para mejorar la vida de sus habitantes, se convierte en amenaza de desalojo, la deseada y mitificada limpieza se torna en argumento contundente que justifica la destrucción de estos densamente poblados lugares, con el consecuente desarraigo de sus habitantes tradicionales.

En cuanto a la idea de la ciudad y a la idea de arquitectura, habría una ciudad limpia y una ciudad sucia. Para la década de los noventa serían sucios: Guayaquil, Lovaina, San Antonio. Serían limpios Prado, La Playa, Laureles, El Poblado.

### **El progreso**

Generalmente, en Medellín se llama progreso al cambio. Aquí todo lo que cambia es progreso y en aras de ese progreso todo es necesario cambiarlo rápido. Uno de los más claros símbolos del progreso, como ya se mencionó, es tener al servicio de la ciudad el transporte más rápido que aparezca; por lo tanto, es necesario cambiar, frecuentemente, toda la imagen de la ciudad. No se concibe ningún respeto por lugar alguno que la ciudad alberga.

Es muy intensa la tensión que en Medellín se da entre el deseo de progreso y la nostalgia por los tiempos pasados, los cuales se idealizan hasta el punto de que, históricamente considerados, de ellos no aparecen sino las cualidades positivas.

En cuanto a la arquitectura, se da una macartización de la arquitectura nueva (sería “la mala” del relato) y una defensa acrítica y a ultranza de la arquitectura de épocas pasadas. Lo mismo ocurre con la ciudad. Habría una ciudad “mala” y otra “buena”: la ciudad buena es la de los años cuarenta y hacia atrás, y la ciudad “mala” la ciudad de la segunda mitad del siglo: Laureles, El Poblado, las comunas nororiental y noroccidental. En resumen, la ciudad creada en la segunda mitad del siglo xx, la ciudad nueva.

### **Los nombres de la ciudad**

De acuerdo con los distintos mitos de la medellinidad la ciudad ha recibido diferentes nombres: la Ciudad Industrial de Colombia, la Ciudad de la Eterna Primavera, la Tacita de Plata, la Ciudad de las Flores, la Ciudad de las Rosas, la Ciudad Blanca Universitaria. Cada uno de ellos ha sido proyección de la imagen ideal institucionalizada. Al lado de la Villa de la Candelaria, que denota también la religiosidad.

### **Los nombres de las calles**

Las calles en el centro obedecen al trazado en damero de la ciudad de antes de los cincuenta; la malla urbana se interrumpe abruptamente por el anillo vial en los setenta y por la irrupción del metro en los ochenta. Sin embargo, a pesar de perderse la integridad espacial de los barrios se conservan los nombres.

Los nombres de las calles en el centro son de dos clases: los unos refuerzan el momento de la independencia y llevan nombres de próceres y de batallas, los otros recuerdan el ideal bolivariano y llevan los nombres de los países y las ciudades de la América Latina. En el barrio Villanueva, la Catedral Basílica está situada en la calle Bolivia hacia el sur, sobre la cual da su atrio y su acceso principal, la puerta del perdón; hacia el occidente está sobre la carrera Venezuela; por el costado oriental, linda con la carrera Ecuador, y hacia el norte, por su ábside linda con la calle La Paz, la cual una cuadra más arriba se desvía en la calle de la Argentina. Vecinas también están, Chile, Perú, Brasil; hay también

las que llevan nombres de ciudades y departamentos de Colombia. Todo esto parece reflejar el deseo de los medellinenses de ser cosmopolitas.

### **Los nombres de los barrios**

Se considera el barrio como un espacio territorial menor, en el que coinciden ciertos intereses colectivos y algunos indicadores de la calidad de vida de sus habitantes, como son la tranquilidad, el aspecto de las viviendas, de las calles, de los parques. En síntesis, el barrio es el espacio público que integra las viviendas y en el cual conviven los vecinos.

El barrio del centro, el barrio Villanueva, el barrio Prado (desintegrados por la avenida Oriental), el barrio Boston, el barrio Manrique, el barrio Villahermosa, el barrio Colombia, Barrio Triste, el barrio Naranjal, el barrio Laureles, el barrio Belén, el barrio Belén-La Palma, el barrio Antioquia, el barrio Guayaquil, el barrio El Poblado. En los nombres aparecen de nuevo los deseos. Boston, el deseo de ser como una linda ciudad. En Guayaquil, otra vez el deseo cosmopolita y latinoamericano. Belén, deseo de ser como el pueblito santo. Laureles, árboles que en realidad son sembrados profusamente y le dan el nombre al barrio. El Poblado, aunque creció desmesuradamente otra vez la nostalgia del pueblito paisa. Villa Nueva, idea del progreso. Prado, la ciudad verde, sana. El centro, la importancia del centro. Manrique, el apellido del prócer. Naranjal, los naranjos que le dan el nombre, la ciudad verde de nuevo. Cada barrio tiene su centro, normalmente lleno, con su iglesia, con sus “graneros”, con algún tipo de actividad comercial en la plaza, sobre todo los domingos, y es sin duda lugar de reunión. Solo Guayaquil, en la actualidad, es un centro “vacío”. Estos barrios y otros conforman la ciudad hasta los años sesenta.

Guayaquil es el típico lugar de la entrada y la salida, el lugar por excelencia del movimiento, nadie va allí a permanecer, todo el mundo está de paso (Guayaquil es un puerto de tierra). Habría que analizar detalladamente los nombres de los barrios de las comunas del norte y de los crecimientos hacia el sur.



## Conclusiones

La opinión de los ciudadanos, cuando se les pregunta sobre la ciudad, se refiere poco e indeterminadamente a las cualidades físicas de la arquitectura y de los espacios públicos. Para todos los grupos sociales y económicos, y atravesando barreras generacionales, es más preocupante la ecología, el modo de ser de la gente de la ciudad, la capacidad de improvisación y de aguante, el espíritu solidario y práctico, la religiosidad; lo cultural no le preocupa a casi nadie. Sin embargo, un porcentaje alto de personas consideran que la ciudad tiene algún sitio que refuerza la identidad, la pertenencia y el arraigo (“El Medellín que yo quiero”, s. d.).

Existe en la ciudad un discurso más reciente que los libros analizados. Es el discurso sobre Medellín, desde la semiología, que se da en documentos académicos de escasa circulación, pero se ocupa más de la proxemística y de la percepción de los ciudadanos comunes y corrientes, y aunque a veces trae ejemplos de edificios estos son seleccionados arbitrariamente, y dada la omisión de la concepción institucional de ideas, desde la arquitectura, se juntan expresiones que se consideran paradigmáticas, con otras obras parecidas de muy escaso valor arquitectónico y urbano.

Por eso la más contundente conclusión, después de este análisis, es la de la urgencia de que conozcamos mejor los postulados que animan a nuestra arquitectura y empecemos a tratar de generalizar estas apreciaciones. La única manera de conservar los valores adquiridos en el ámbito de la arquitectura es lograr que estos se conozcan públicamente. Lo que se conoce tiene la posibilidad de ser apreciado. El valor patrimonial y cultural de un edificio, más que su tiempo de existencia, está soportado por su calidad ambiental, arquitectónica y urbana.

Aspiramos con la selección de edificios de alta calidad y con la difusión de sus imágenes que, en esta ciudad que ha destruido sistemáticamente tantos edificios,

se empiece a reconocer la arquitectura reciente y se empiece a respetar su ubicación en el espacio como bien cultural, evitando que el único criterio para reemplazar un edificio sea el criterio de la rentabilidad. Podemos así soñar con una ciudad que respete los espacios conformados por la arquitectura en el transcurso del tiempo y que pueda presentar sectores de conservación de cada una de las épocas vividas.

## Referencias

- Arango, S. (1989). *Historia de la arquitectura en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Barthes, R. (1980). *Mitologías*. Madrid: Siglo XXI.
- Barthes, R. (1991). *El imperio de los signos*. Madrid: Mondadori.
- Jaramillo, R. L., y Perffetti, V. (1993). *Cartografía de Medellín*. Medellín: Consejo de Medellín.
- Silva, A. (1994). *Imaginario urbanos*. Bogotá: Tiempos Modernos.

*Es esta bondad fundamental que existe en cada uno de nosotros  
la que sobrevivirá a la muerte*

*Entrar en el campo transformador de esta visión mucho más  
amplia es aprender a sentirnos a nuestras anchas con los cambios,  
y a hacer de la impermanencia nuestra amiga*